

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

*Eyes Wide Shut: Cima y colofón de la antropología
negativa del maestro Stanley Kubrick*

Carmelo Abadía



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

EYES WIDE SHUT : CIMA Y COLOFÓN DE LA ANTROPOLOGÍA NEGATIVA DEL MAESTRO STANLEY KUBRICK por Carmelo Abadía

Antes de entrar en la materia propia de este artículo, me permitiréis, queridos lectores, resaltar dos extremos que creo que son merecedores de ser remarcados. El primero se refiere a la vuelta a cierta regularidad en la aparición de nuestra bien amada revista Katharsis; desde aquí vaya mi voto para que esta línea de constancia se pueda mantener siempre en el futuro por más turbulentos que resulten los tiempos. El segundo punto, que más bien pertenece a mi esfera particular y personal, tiene que ver con ciertas dolencias, para ser exactos, las comúnmente llamadas alergias, que el que suscribe estas líneas padece en estos precisos momentos primaverales y que intentará soportar como Dios mejor le haga entender para llevar a buen puerto este difícil asunto que consiste en intentar hablar con claridad y precisión de una verdadera obra maestra del cine, y, por ende, del arte en general. Bueno, lo dicho, que El Altísimo reparta suerte y vayámonos derechos hacia semejante toro como el que esta tarde lidiamos.

Hablar de Kubrick es hablar de un genio, sólo parangonable con los más grandes creadores que haya dado el pasado siglo veinte en las diferentes artes y ciencias. Títulos como *El resplandor*, *Espartaco*, *Atraco Perfecto*, *Lolita*, *La naranja mecánica* o *2001: una odisea del espacio* lo dicen todo. Por lo tanto resultaría ocioso e incluso un tanto estúpido el intentar bosquejar si quiera una breve biografía artística de semejante personaje en las humildes páginas de este sencillo artículo, pues sin duda alguna necesitaríamos escribir algo más de un libro para tan sólo mostrar un tanto de su enorme perfil artístico, y yo personalmente dudo de estar capacitado para llevar a cabo semejante proeza. Quien así lo desee, no obstante, puede hacerse una idea aproximada y de conjunto sobre el volumen de nuestro personaje mirando lo que cualquiera de las enciclopedias de la red nos presenta una vez escrito su nombre y dado al botón de busca. Así es que vayamos directos a nuestra, que es suya sin ningún género de dudas, película de esta velada de tarde alérgica de primavera.

Cuando la película aparece en escena, allá por el año 1999, lo primero que ocurre es una división total entre la crítica especializada, no hay término medio: unos la califican de obra maestra total y los otros hablan de absoluta decadencia y delirios de vejez. Para una cierta parte del público, la porción rosa que tanto prolifera lamentablemente a día de hoy, lo que más llama la atención y queda son las escenas íntimas y subidas de tono de la pareja

protagonista, que en aquella época también lo eran en la vida real, el destacable y archiconocido matrimonio Tom Cruise versus Nicole Kidman. Por cierto, dos actores que hasta ese momento no eran precisamente de mi gusto; después, he de decir la verdad, he cambiado de opinión sobre ellos, especialmente en lo relativo a la señora Kidman, la que últimamente nos ha regalado maravillosas y sorprendentes interpretaciones. Yo, y adelanto mi opinión, creo que estamos en presencia de una película perfecta, y lo recalco, perfecta. Y esto debido sobre todo no tanto al fondo de lo que se nos cuenta, que por otra parte tiene tela y después lo comentaremos, sino al formato, al estilo, al prodigioso y estilizado lenguaje cinematográfico con el que nos deleita el maestro Kubrick. Según mi humilde gusto, no existe en esta película una sola escena que sobre o sea redundante, ni una nota de más en el ensamblaje de esta maravillosa sinfonía o réquiem (no olvidemos que se puede oír el de Mozart en unas secuencias de esta película cuando el personaje central, el inocente Cruise, entra en un café que para nada pega con los Estados Unidos, donde sucede la película, y sí, y mucho, con el mundo centroeuropeo que se haya en el background de la historia que cuenta esta película). En esta obra, cada escena es necesaria y arrastra a la que sigue con una precisión y una necesidad que resultan casi matemáticas, dignas de un auténtico relojero del siglo dieciocho.

Diremos por otra parte que la controversia que la obra levantó le fue indiferente por completo a su autor, entre otras razones porque antes de su estreno, e incluso de su montaje, el bueno de Stanley murió. De ahí viene ese calificativo que siempre se asocia a esta película de póstuma. Si a este hecho unimos la enfermedad terminal y los avatares de ella dimanantes que durante el rodaje sufriera su director, encontramos la explicación de todo ese torbellino de rumores y de dimes y diretes que en torno la autoría real y efectiva circulan y se ciernen sobre este tan discutido film. Aunque para mí, y ya lo he afirmado antes cuando he usado con toda intención la subrayada frase: que es suya sin ningún género de dudas, no existe la menor incertidumbre en cuanto a la autoría magistral de quien llevó a cabo la creación de esta obra, pues no existe otra cinta en su cinematografía que compendie y resuma tan bien todo el universo personal, toda la concepción pesimista del mundo que Kubrick tenía tal y como lo hace esta película. Y no resulta inconveniente para ello tampoco el hecho de que el guión no es propio, sino que se trata de una adaptación (extremadamente ajustada al original, por cierto, pero mucho más perversa) de una novela breve del autor austriaco Arthur Schnitzler, cuyo título resulta ser el de *Relato soñado*, cuya lectura igualmente os recomendaría

encarecidamente, entre otras cosas porque existe traducción disponible en castellano y fue publicada por el sello editorial El Acantilado.

Antes de proseguir con la película, una pequeña acotación respecto al recién citado novelista austriaco. Arthur Schnitzler vivió a caballo entre las postrimerías del siglo diecinueve y los albores del veinte, en medio de una de las épocas más florecientes de la literatura centroeuropea, que dio otros representantes tan egregios y conocidos como Gustav Meyrinck, Robert Musil o Herman Hesse. De procedencia judía, y miembro de la alta burguesía vienesa, su literatura es de una extremada modernidad y el filo de su bisturí resulta implacable, incluso hasta rozar lo morboso, diría yo, cuando se aplica a la psicología de sus personajes, básicamente pertenecientes a las clases acomodadas de su época. Igualmente, se atribuye a Schnitzler el haber sido el introductor del monólogo interior en la literatura germánica o en lengua alemana. Para no abundar más y resultar pesado en exceso, digamos que se trata de un digno compañero de fatigas de su célebre coetáneo Sigmund Freud por la finura de la que hace gala al examinar las más oscuras y enfermizas pulsiones que adornaban las en apariencia remilgadas y moderadas almas de sus conciudadanos y compatriotas, especialmente, y como ya he dicho, los adscritos a su misma clase social (pido perdón al lector actual si en estas líneas se pudiera encontrar algún que otro dejo marxista, pues soy el primero en saber que a día de hoy esta dialéctica no está de moda en “modo alguno” y ya sabe aquello de que: antes muerto que no ser absolutamente moderno; repito, lo siento y prosigo), eso sí, utilizando un lenguaje y un estilo absolutamente formales e incluso pudiendo ser calificados ambos como refinados y propios de la llamada alta literatura, evitando cualquier propensión al naturalismo cuando se habla de según qué temas, tales como el sexo.

Demos un paso más y entremos de lleno en la trama de la película para ver si nos aclaramos algo. Como ya he afirmado, el guión, la historia, se ajusta casi en un noventa y nueve por ciento a la novela, al *Relato Soñado*, mas precisamente es en ese uno por ciento que resta donde el maestro Kubrick aprovecha y expone de manera absoluta, pero en silencio, sin palabras, tan sólo a través de imágenes cinematográficas de terrible impacto, aunque a veces éste resulte sordo, su filosofía más profunda sobre el ser humano y la existencia y no tanto por añadir algún nuevo hecho o accidente al previo relato sino a través de modificar con habilidad extrema la significación profunda, el espíritu de la obra previa. La trama, me explico, en el fondo es muy sencilla, se trata casi de una fábula. El protagonista de la historia que se nos cuenta es un joven doctor, que andará sobre los treinta y pico. Guapo y atlético;

sin pasiones ni vicios desmesurados; casado con una mujer rubia, anglosajona al cien por cien, preciosa y estupenda; feliz padre de una niña pequeña; perteneciente a la clase media que puede vivir con cierta despreocupación respecto a los avatares del dinero; con un futuro prometedor y tranquilo en su horizonte; gozando del respeto y del reconocimiento que la profesión médica genera en el entorno moderno americano. En resumidas cuentas, un burgués que bien puede estar satisfecho de haberse conocido. Pero, tal y como nos lo propone el maestro Kubrick, se trata de un verdadero “ingenuo”. Y no porque tenga “cerrados los ojos por completo” (traducción que de manera errónea se ha hecho del título original inglés) sino porque los tiene cerrados respecto a una dimensión que a él se le escapa, una dimensión que para Kubrick es la esencial del ser humano, la cual una vez que se percibe ya no se puede olvidar. De forma simplista, podríamos creer que esa dimensión no es otra sino el sexo en sus pulsiones más profundas y oscuras; pero en el fondo, he aquí mi opinión, no se trata de eso. Prosigamos. Ciertos avatares que le van a suceder a nuestro protagonista, especialmente una conversación un tanto atípica que mantiene con su sana esposa mientras ambos consumen un poco de hierba, imagino que marihuana, y la asistencia a la fiesta de uno de sus amigos y clientes, hombre este muy poderoso e influyente, desatarán en él una reacción desconocida hasta el momento que le llevará a iniciar algo así como un camino sin retorno desde su ingenuidad hasta el re-conocimiento de ciertas áreas de la conducta y del alma humana que hasta el momento el tenía por extrañas, morbosas y por completo ajenas a su vida ordenada y tranquila y también como impensables dentro de su estrecho y previsible mundo. Incluso este tránsito durante cierta parte de la película se convertirá en lo más parecido que podamos imaginar a un descenso a los infiernos. Eso sí, todo sucede en escenarios urbanos de lo más común: calles anodinas de Nueva York con sus taxis, sus fulanas y sus bares, hoteles de mejor o peor índole, algún que otro apartamento de lujo, hospitales, consultas de doctores, etc ; o sea, nada que aparentemente se salga de lo normal; mas es tal la habilidad visual de Kubrick, y en esto se aprecia su genuino clasicismo frente a determinados directores excesivamente efectistas y artificiales, que sabe hacértelos llegar como lugares inquietantes y misteriosos, incluso a veces casi oníricos, sencillamente porque en ellos se esconden los seres humanos y su terrible fondo. El cual no es otro, según nuestro director, que una especie de maldad antropológica que sostiene todo el entramado superficial y falso de la sociedad, escondiéndose en las profundidades y esperando sus momentos oportunos para aparecer en público. Fondo aterrador este que existe, tal y como descubre

horrorizado nuestro protagonista, en todos los seres, incluidos aquéllos que constituyen nuestra familia y nuestros más cercanos allegados. Y una vez que se ha visto el precipicio, el abismo oscuro y negro, ya no existe posibilidad de permanecer ciego, es algo con lo que hay que vivir.

En la película, en determinadas escenas bastante significativas, se utiliza de forma intencionadamente excesiva el término vulgar “follar”, más aquí dicha expresión soez no hace referencia tanto al acto sexual, incluidas todas sus variantes y prolegómenos, como expresión de afecto, diversión, deseo, concupiscencia, lascivia, lujuria o algo por el estilo. No, en absoluto. Aquí ese genuino follar expresa no tanto el placer de la fornicación cuanto ésta en el sentido de dominación, posesión, e incluso aniquilamiento que dicha palabra puede también expresar; un poco algo así como ciertas acepciones del castizo y coloquial vocablo español “joder” o “joder a alguien”. En el fondo nos hallamos más cerca del castillo ideal de Sade, en el cual los amos libertinos juegan con sus semejantes más débiles, convertidos por aquéllos en meros objetos de su dominación y capricho, que de cualquier otra parte. Y es exactamente en este punto donde la obra cinematográfica se aleja de la novela sobre la que se construye, ya que el *Relato soñado* de Schnitzler no pasa de ser más que una crítica, un tanto perversa y acerba si se quiere, a los tabúes de la burguesía imperante de su época y la película lo que plantea es más bien una verdadera apuesta metafísica sobre la esencia del animal humano, absolutamente negativa y horrorosa, pero metafísica al fin y al cabo. Incluso me atrevería a decir que no solamente esta visión se circunscribe al hombre sino que también incluye a Dios y a la creación entera; algo así como lo de aquéllos que dijeron el aserto de que, si la Providencia existe, ésta será el Diablo. Y precisamente este terrible fondo antropológico que nuestro director remarca, esta profunda sed de mal (permítaseme utilizar el título welliesiano de otra obra maestra del cine) que habita en todos, y que tiene muestras habitualmente particulares y privadas, mas también a veces colectivas, tal y como sucede en las archiconocidas escenas de esa especie de mezcla entre misa negra, orgía y reunión masónica de enmascarados que aparecen en la película, constituye, repito y recalco, una huella imborrable en toda la filmografía de Stanley Kubrick, apareciendo en *Eyes wide shut* de una forma más elaborada y estilizada que en otras de sus obras clásicas tales como *La naranja mecánica* o *2001*, las cuales a mí gusto resultan excesivamente simbólicas e incluso demasiado pedantescas y rebuscadas en comparación con la película de la que estamos hablando.

Bueno, pues hasta aquí hemos llegado. Fervientemente os recomiendo que veáis la

película, pues es de fácil acceso. Espero que no tengáis miedo a su carga negativa, pues hay que recordar siempre aquella maravillosa sentencia de Nietzsche que dice que hasta los buenos libros escritos contra la Vida la favorecen. Creo que la vejez y enfermedad de Kubrick en el momento de plasmar esta película en el celuloide le dieron una absoluta libertad, una total falta de ataduras hacia ninguna hipocresía, propias de alguien que sabe que se está muriendo. Ya he dicho que antes de ver esta cinta no tenía en gran estima a Cruise ni a la Kidman, y pudiera ser que tuviera alguna razón justificada para ello. Después mi opinión cambió. Quizás todo el mérito esté en el haber del gran Stanley, pues ya se sabe que un buen realizador, aunque nos desagrade la cosa, maneja a sus actores cual muñecos de guiñol o polichinelas, a veces cómicos, a veces trágicos; y Kubrick, al igual que el inglés Hitchcock, en esto era un verdadero experto (el que mejor expresaba esta idea era el enorme crítico de cine y escritor cubano ya fallecido Guillermo Cabrera Infante cuando decía que él no servía para director de cine, pues para hacer este trabajo bien hace falta tener el carácter de un dictador, de un absoluto autócrata, y que en todo caso, a pesar de la máscara que se pongan, lo único que existen son buenos dictadores y pésimos dictadores, mas dictadores ambos al fin y al cabo).

Ahora, queridos lectores, y por ende amigos del alma, doy por concluido este artículo. Y os diré que me he quedado muy contento, entre otras cosas por haber comentado una película de calidad y muy próxima en el tiempo, ya que últimamente ciertos individuos muy cercanos a mi persona me han criticado con excesiva severidad, según mi punto de vista, por hablar siempre sobre cintas que ellos consideran antiquísimas, casi provenientes de la época babilónica-diluviana. Así es que, vosotros sois fieles testigos, he roto con mi vieja costumbre y he escrito sobre una película relativamente moderna. Lo hecho hecho está y así se queda. Tan sólo dos palabras más antes de cerrar definitivamente el programa: HASTA LUEGO .

CARMELO ABADÍA

Edición digital Revista literaria Katharsis

http:// www.revistakatharsis.org/

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008